

# Sociedad, cultura y humanismo

MARINO PIZARRO\*

“Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas, que libremente les estaban convidando con su dulce sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornocques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para la defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella, sin ser forzada, ofrecía, por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. Entonces sí que andaban las simples y hermosas

\* MARINO PIZARRO: Gran Maestro de la Francmasonería de Chile.

zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas verdes de lampazos y hiedra, entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los conceptos amorosos del alma simple y sencillamente del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había el fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La Justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había asentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar, ni quién fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por dondequiera, solas y señeras, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad. Y ahora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí, por los resquicios o por el aire, con el celo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyó la orden de los caballeros andantes, para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer a los huérfanos y a los menesterosos. De esta orden soy yo, hermanos cabreros, a quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que hacéis a mí y a mi escudero. Que, aunque por ley natural están todos los que viven obligados a favorecer a los caballeros andantes, todavía por saber que sin saber vosotros esta obligación me acogisteis y regalasteis, es razón que, con la voluntad a mí posible, os agradezca la vuestra”.

## *SOCIEDAD Y UTOPIA*

Esta descripción de la Edad de Oro que tan hermosamente narra Cervantes, recordando a Ovidio o a Virgilio en el capítulo once de la primera parte de

su genial Quijote, es un ejemplo del tiempo del hombre, de la sociedad y la utopía en que ésta —la utopía— se muestra en el pasado, que probablemente nunca volverá o en el futuro que probablemente llegará.

Ejemplo, acaso, para remover el pensamiento, la palabra, la acción y hasta el gesto en la concepción de lo que cada uno pueda y quiera entender acerca de la trascendencia de una sociedad renovada y de lo que estos tiempos del hombre, actuales y futuros, habrán de realizar y proyectar.

Ejemplo, en fin, del tiempo del hombre y su utopía que muestra el pasado que tal vez no volverá y el porvenir que esperamos llegará.

Las utopías se presentan en un tiempo del hombre desde la esperanza por lo que ha de venir o desde la desesperanza por lo que tenemos. La esperanza del tiempo ideal del hombre que se llama utopía surge cuando la espera por el tiempo real del hombre de lo que hay se agota.

Las utopías orientan la conducta de los hombres hacia elementos o rasgos, principios o valores que la situación del tiempo presente de los hombres no contiene. Y el tiempo del hombre es el espacio para la realización de la cultura, esto es, de toda la obra humana que trasciende de la vida intelectual individual con vocación de permanencia. La utopía es así una oferta alternativa para el hombre a todo lo que el tiempo ha visto ya realizar. Es, sencillamente, un germen, generalmente de escritura o de obra concreta que otros ojos leerán, otras manos ejecutarán y otras inteligencias valorarán desde su propio punto de vista y que quizá en algún momento tengan lugar y ámbito para su existencia real.

Sin embargo, al hablar de utopía caben dos tipos de comportamientos y actitudes. Para los hombres representantes del orden existente, es un ideal que no se realizará jamás, es algo como un sueño. Es la posición de los conservadores, los satisfechos, los que aceptan la realidad y el mundo tal como es. Para otros, en cambio, los que rechazan el mundo existente, el rechazarlo es lo único valedero y están abiertos a la utopía. Desean convertirla en realidad, porque no aceptan el mundo tal como es y quieren un ideal que proyecte un mundo como debe ser. No todas las utopías, pues, en el concepto de los hombres, son similares, aunque todas, en principio, parten de un rechazo de la realidad actual y de una atracción por un mundo mejor.

Así y todo, vale la pena fijar ahora nuestra atención en la que podríamos llamar utopía realidad, expresión genuina de los grandes momentos, expresión de la utopía que se está realizando prácticamente. Es la utopía

realidad que la historia nos muestra con tan notables evidencias: la que vivieron los padres de la Independencia de América; los revolucionarios franceses, que en la puerta de la Bastilla gritaran: "Estamos en el corazón del tiempo", o la de los bolcheviques en 1917. Es la utopía que se convierte en realidad.

Considerada así nuestra utopía, según los propósitos que se persiguen en el mundo moderno, en las distintas estancias de la cultura actual y en la perspectiva de nuestra consideración acerca del presente y futuro de la sociedad, se yerguen hoy, como ayer, y con el énfasis que hemos querido otorgarle y por los altos valores que ellas encierran, las tres grandes utopías que se integran en la más sabia filosofía de la humanidad: la utopía de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad.

Virtudes todas éstas de la utopía realidad. Filosofías de la moral sustentadas por Aristóteles y por Kant en dimensiones diferentes, pero arraigadas éstas en la ética defendida por ellos que alimentan creativamente la vida del hombre y que se hallan insertas en el paisaje contemporáneo y futuro del mundo de la moral. La virtud y el bien para Aristóteles y la razón y la libertad para Kant, que es lo mismo que decir que el hombre se gobierna a sí mismo por la virtud o que la razón y ser libre es un imperativo absoluto.

¿Acaso puede decirse algo en lenguaje no significativo sobre hombres sin significatividad, sin rostros y sin historias, sólo pólipos que tienen que defenderse o atacar según proyectos en honor de un espíritu de tribu o también por motivos abstractos?

Según sean los objetivos que se persiguen por los movimientos utópicos en los tiempos del hombre, se encuentran las utopías en las que se distinguen los valores deseables y constructivos que no se contraponen sino que se integran para formar una ética que quiera llevar adelante un mundo distinto para las generaciones futuras, para la solidaridad y la unidad entre los hombres. Quizá un mejor tiempo de libertad, de igualdad y de fraternidad. Quizá dispersas voces articuladas en torno a esa concepción unitaria del hombre, de la sociedad y del mundo y una versión ajustada y auténtica de lo que es la libertad. Quizá un reforzamiento del sentido coherente de la ética y de los derechos del hombre y una educación afectiva en los valores más altos como camino para la desaparición de la agresividad individual y social. Quizá un proyecto cultural que aglutine los esfuerzos de los hombres en un clima consecuente de renovación y modernidad y una sucesión de actos creadores de la libertad para sostener un proyecto cultural humano. Quizá,

en fin, una utopía realidad que no sea punto de llegada sino un punto de partida, porque sabemos qué hemos heredado, sabemos dónde estamos y quién queda atrás, pero deberemos saber qué futuro escribir, qué etapa diferente comenzar. Se precisa agudeza para enlazar con los espíritus nuevos y decisión para alzar la inteligencia y el corazón en un esfuerzo colectivo de la humanidad. Nuestra mirada, pues, ha de tenderse hacia el futuro con la utopía realidad de la esperanza para el desarrollo, el cambio y el progreso.

Porque, aun para aquellos que acepten o rechacen el pasado o el presente, sigue habiendo un lugar importante para la utopía.

Es la condición irrenunciable para confiar en la esperanza; es la mayor aventura de la inteligencia; es la mejor promesa para los que abren cada día el camino del humanismo y la cultura.

“Dichosa edad y siglos dichosos a quienes los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*”.

## HOMBRE Y CULTURA

No vamos a referirnos al humanismo como debiéramos hacerlo, porque nos parece tan reiterado su concepto que faltaría a la norma elemental de respeto a los distinguidos académicos si tratáramos de aproximarnos a él con innecesaria iteración. Sería inmodestia imperdonable volver a recorrer un itinerario que con autoridad y competencia han delineado importantes especialistas a través de documentados ensayos.

Por eso, no es pertinente tampoco referirse esta tarde a las tendencias filosóficas en que se da relevancia a algún ideal humano, porque siendo incontables los ideales humanos sería también incontable el número de adjetivos para designar y calificar los humanismos, su conceptualización y su importancia. Tampoco podríamos —por obvia razón— reseñar determinadas doctrinas que han adoptado el nombre de humanismo, sea como método o como concepción. Es tarea de filósofos y de especialistas detenerse con sabiduría en el vasto ámbito del problema que nos ocupa. Porque habría que reflexionar acerca del humanismo renacentista, antiguo y medieval, moderno y contemporáneo. Habría que reseñar las diversas formas del humanismo: el pragmatista, naturalista, cristiano, socialista, ateo, cultural,

existencialista, científico, maquinista, positivista y tantos otros. Habría, también, que intentar definiciones, bosquejar tendencias, analizar formas de humanismo, precisar y delimitar posiciones. Nada de eso aparecerá en el contexto de nuestra exposición. Nada de lo que ya se ha expresado tantas veces con ilustrada palabra y autorizado conocimiento. Sin embargo, vamos a referirnos al hombre, a la cultura, al imperativo del aprendizaje, al hombre, siempre al hombre.

El hombre no es la obra de una voluntad lúcida; él no es ni siquiera el resultado de un esfuerzo sordo y confuso. Los procesos ciegos y desordenados que lo han concebido, no buscaban nada, no aspiraban a nada, no tendían a nada, ni siquiera de la manera más vaga del mundo. El nació sin razón y sin objeto, como nacieron todos los seres, no importa cómo, no importa cuándo, no importa dónde.

De cierto linaje animal que no parecía en lo absoluto alegido para un destino tal, surgió un día la bestia rara que debía inventar el cálculo integral y soñar con la justicia. El pesimista estaría en excelentes condiciones para deplorar la venida de esta creatura paradójica, abrumada por su superioridad, que no debe sino un aumento de tormentos a la hipertrofia de su inteligencia y de su afectividad, que atraviesa la vida con el terror de la muerte, que se aferra desmedidamente a otras creaturas efímeras; que, demasiado o muy poco bestial, sufre cuando reprime sus instintos y no sufre menos cuando cede a ellos, que no sabe defender su corazón contra los ensueños que le prohíbe su razón.

Es verdad que, a pesar de sus conflictos y sus tormentos, la humanidad perdura después de centenas de siglos. Así es que, estadísticamente al menos, los hombres prefieren el ser al no ser. Y esto es suficiente para que triunfe el optimismo que se contenta con poco. Pero, dejando al moralista el cuidado de pesar los dolores y las satisfacciones individuales, preguntémosnos lo que el hombre, como miembro de la especie, puede pensar de él mismo y de su labor.

Al recordar sus orígenes él tiene, ciertamente, suficientes motivos para verse con complacencia. ¿Hasta dónde llegará en su dominio de las fuerzas materiales? ¿Qué secretos robará a la naturaleza? Mañana, hoy, él liberará la energía intra-atómica, viajará por los espacios interplanetarios, prolongará la duración de su propia vida, combatirá la mayor parte de los males que lo acosan y aun esos que crean sus propias pasiones, instaurando un orden mejor en sus colectividades.

Por otra parte, ¿qué suerte puede él predecir a su obra, a su esfuerzo? ¿Qué

quedará un día de todo esto, sobre el miserable grano de barro en que vive? La especie humana pasará como han pasado los dinosaurios y los estegocéfalos. Poco a poco la pequeña estrella que nos sirve de sol abandonará su fuerza iluminadora y calentadora. Entonces, de toda la civilización humana y sobrehumana –descubrimientos, filosofía, ideales, religiones–, nada subsistirá. No quedará de nosotros ni siquiera lo que queda ahora del hombre de Neanderthal, del que algunos despojos, al menos, han encontrado asilo en los museos de su sucesor. En este minúsculo rincón del universo será anulada para siempre la ridícula aventura del protoplasma. Aventura que, tal vez, ha terminado ya sobre otros mundos. Aventura que, tal vez, en otros mundos se renovará, sostenida en todas partes por las mismas ilusiones, creadora de los mismos tormentos: en todas partes tan absurda, tan vana, tan imprescindiblemente condenada desde un principio al fracaso final y a la tiniebla infinita.

Imaginamos, sin embargo, la reconstrucción de la vida del hombre desde su instalación primigenia. La vida del hombre que hace, piensa, transforma, lucha, organiza su propia vida y la de su comunidad. Genera, a veces, muchas veces, los anticuerpos destructores de su acción organizativa y luego construye, retoma –modificando– los elementos del pasado, próximo o remoto. Restaura o crea costumbres e instituciones. Es que la historia significa mucho más que la reconstrucción de acontecimientos.

Es aun algo más que la indagación permanente del juego visible o tácito de todas las vertientes de la acción del hombre como causa, efecto o consecuencia de esa acción. Es historia social e historia de desarrollos científicos y tecnológicos; de las transformaciones institucionales, jurídicas y morales, interpretación de las creaciones y concepciones artísticas y de los condicionamientos culturales; esclarecimiento de las complejas trabazones que el mismo hombre como ser individual y social y las sociedades humanas han ido multiplicando, desarrollando, diversificando en cualquier parte del espacio y del tiempo.

Todos estos procesos de la obra del hombre son los que han generado y producido cambios en ritmos diferentes a través de las centurias, enriquecido la realidad histórica de la que cada presente es resultado, expresión, rostro, origen y semilla de otros presentes. Cada hombre sintetiza de alguna manera la historia de una cultura.

La cultura que no es lo que se sabe es lo que se vive. “La cultura –ha escrito Paul Langevin– es aquello que hace posible formar un ser humano desde la

infancia, preparándolo y adaptándolo lo más ampliamente posible para la vida y para el contacto con la naturaleza y con los hombres, preparándolo también para enfrentarse a los problemas comunes en colaboración con otros”.

Bajo sus variados aspectos –científico y técnico, literario, filosófico y artístico, moral y cívico–, la cultura debería desarrollar las diferentes facultades del hombre a medida que vayan manifestándose, facultades de observación, pensamiento abstracto, expresión verbal o plástica, facultades de acción. Estas facultades se manifiestan desigualmente en los diversos individuos y es el predominio de una o varias de ellas lo que determina el tipo de humanismo, según los educadores, hacia el cual debe dirigirse cada individuo, sea principalmente hacia las ciencias naturales, físicas o matemáticas, hacia la literatura y el lenguaje, la creación artística o técnica y las actividades manuales. Ellas determinarán también su elección vocacional.

Esa elección no debe encerrar demasiado estrechamente a un hombre en su trabajo especializado. La cultura debe ser un correctivo de esa tendencia. Si la profesión aísla a un hombre, la cultura debe acercarlo a sus semejantes y humanizarlo, puesto que ella se refiere al hombre integral y procura realizar un equilibrio entre sus diversas facultades. Para el individuo, la cultura es un medio que le permite ser integralmente humano, a pesar de la rutina de su oficio y de las compulsiones sociales.

Un hombre culto debe ser capaz de ubicar a su tiempo y a sí mismo en la perspectiva del esfuerzo humano.

La cultura deberá ayudar al individuo a encontrar su verdadero lugar en la corriente de la humanidad. Entonces la humanidad se le aparecerá como una entidad viviente en cuyo seno cada uno de nosotros es por un momento el depositario de un tesoro de civilización, adquirido por nuestros antepasados a costa de innumerables sufrimientos y que nosotros tenemos el deber de transmitir, enriqueciéndolo hasta el límite de nuestras capacidades. Desde este punto de vista, la verdadera cultura abre al hombre hacia todo lo que no es él mismo, hacia todo aquello que pasa más allá del estrecho círculo de su trabajo especial. Aquello a que aspiramos cuando hablamos de una cultura humana y vital, es a despertar la conciencia de que existen mutuos lazos entre las diversas actividades pasadas y presentes, todas las cuales preparan el futuro, un parentesco espiritual y una solidaridad de trabajo. Es esto lo que da un significado tan amplio como la sociedad misma hasta el menor de los esfuerzos y una importancia humana a la más humilde

de las actividades. Comprender a los demás, ser capaz de elevarse por encima del propio egoísmo, ver el punto de vista de los otros hombres, entender sus necesidades, sus motivos, sus maneras de mirar las cosas, tomarlos en cuenta y ayudarlos, colaborar en su trabajo como en una tarea común, ¿no es esto un aspecto esencial de la vida social y moral? ¿Podría no ser esta virtud de humanidad el primer fruto natural de las humanidades, si es que ellas merecen este nombre? A través del más completo desarrollo posible de las aptitudes individuales y colocando a la persona así enriquecida al servicio de la humanidad, podrá cumplirse ese doble deber de personalidad y solidaridad en el que vemos lo esencial de toda moralidad humana. Así, en la lenta y penosa evolución de la vida —que comenzó hace más de dos millones de años y de que nuestra especie es el término— las formas vivas han desarrollado progresivamente y se han enriquecido a sí mismas en un doble proceso de diferenciación y simbiosis.

Lo que se sabe de esta historia de dos millones de años —ahora más que nunca— hay que vivirlo en plenitud. La cultura es lo que se vive, apoyada en el cómo vivimos y para qué vivimos.

La nueva dimensión del mundo plantea al hombre actual la pavorosa interrogante de su real participación en él. La mente humana ha dado un salto que permite al hombre identificarse con fenómenos ajenos a la visión tradicional del cosmos y participar en ellos no ya como espectador del drama sino como su verdadero actor. “La lealtad local —ha dicho el Rector Juan Gómez Millas— es reemplazada por una nueva lealtad a la humanidad y a sus nuevos símbolos. Como consecuencia directa de estos hechos, la educación se encuentra atrapada por el dilema del realismo y antirrealismo que ellos crean. El cristianismo, en el mundo antiguo, planteó un dilema semejante a la educación greco-romana hasta el apareamiento de la Ciudad de Dios de San Agustín; la lealtad del Imperio fue reemplazada por la lealtad a la nueva vida cristiana del mundo. La crisis de la educación es el reflejo de la pugna entre la visión localista, aún imperante en la educación, y la concepción mundialista, integrante y global, que se abre paso en la conciencia”.

La cultura es creación individual y, sin embargo, la reconocemos como un producto colectivo, un conjunto. No se hereda, como los genes o la fortuna, pero ahí está, como herencia para todos. No se compra, no se improvisa, no se falsifica; es inconfundible y, sin embargo, está en permanente confusión con la información, con el uso determinado de lengua-

jes “difíciles”, con el acopio de citas e, incluso, como la educación social de los buenos modales. Especialmente es así en la juventud actual, en su mayoría. A ella parece no importarle, hasta ignorarla y despreciarla, salvo esos “barnices culturales” cuando la necesidad del trabajo, la figuración o el poder parecen exigírselo. Pero no es tanto culpa de ella, pues si el hombre es creador de cultura es también su transmisor y –debiera ser– su valorador permanente.

Los hombres, cuando pensamos por nosotros mismos conversamos con la razón, casi como si la razón fuera otra persona, con tanto derecho al respeto como nosotros. Cuando discutimos con alguien más, la discusión no ha de transformarse en un lucha entre los dos, sino más bien en una búsqueda de la razón, en cuya búsqueda nos unimos ambos, ayudándonos mutuamente para percibir y captar la verdad que ambos anhelamos.

Pero discusión y búsqueda nacen cuando el hombre tiene algo que decir y algo en que pensar, y no se lo tiene si no hay un juego de ideas, un reposo de ideas, un elaborado decantamiento interior de ellas. Y esto sólo lo da la soledad del hombre con su pensamiento o la rica compañía del diálogo con otro hombre o con el libro que se relee y medita, vale decir, consigo mismo en ese diálogo interior en que se es interlocutor y contrincante a la vez, en hermoso, profundo desdoblamiento de argumentos y raciocinios. Y eso es lo que la máquina de este último decenio le está quitando al hombre que ha construido el progreso enorme del siglo XX.

No es que propiciemos volver a la era de la tracción a sangre o del ábaco y el nudo de colores, para contar el número y contar la historia. No. Es que propiciamos el justo medio entre una tecnología ultra avanzada y los valores más implícitos en la idea del hombre. La libertad, en primer lugar. Hombre que no se detiene a pensar es fácil presa de cualquier programación ideológica, moral, religiosa o social que quiera dársele. La imagen repetida, la voz insistente, terminan por parecer la verdad, y el que elige un camino inducido cree elegir con libertad y no hace sino seguir el cauce que formaron para él. No otra es la técnica de la propaganda comercial y de otras. Si el hombre ha perdido su capacidad de pensar, ha perdido la libertad. Y pierde la verdad, porque la suya ya no es sino la que imagen, palabra o símbolo ajenos le imponen.

Hay que volver, desde la escuela y la familia, a educar al hombre para que gobierne a la máquina, y ya que no puede humanizarla, evitar, al menos, que la humanidad sea mecanizada.

Hay una salvaguarda, la única. La cultura. Cultura que es arte, literatura, goce estético, música, filosofía y oratoria de ideas. Cultura que es verdadera comunicación de valores. Pero si dejamos al ser humano que sea sólo informado, estaremos suplantando la cultura por la información. Y nuevamente nos encontraremos en el círculo simbolizado por la serpiente que se muerde su propia cola y en esa perfección de circunferencia, se devora a sí misma. Hay que darle al hombre cultura para que pueda pensar, reflexionar, dialogar y comunicarse de verdad. Nadie establece una relación profunda sobre la base de datos. Y eso es lo que la mayoría de jóvenes y adultos está adquiriendo: datos, no cultura. Cifras e imágenes. No valores. Y son los valores los que diferencian a la humanidad de la animalidad biológica.

En el concepto de cultura que cada tiempo, ideología o grupo humano elabora, hay un factor común que interesa destacar, es ese "algo más" que trasvasa la información y el conocimiento, la creación misma y hasta la sabiduría. Es el producto total que el hombre obtiene de la información, el conocimiento, la creación y la sabiduría. Es intelecto y corazón, razón y espíritu. Y siempre es individual, personal, pero tan sin límite en uno mismo, que ella se define como un resultado colectivo de la acción de algunos, de varios o de muchos hombres.

Es el hombre el que hace la cultura de su tiempo, nutriéndose de la que recibe como bien común y aportando a ese patrimonio su palabra, su hacer, su pensamiento y su modo de amor a la humanidad.

Nosotros, cada uno, tenemos la obligación de ser cultos para recrear a diario la cultura, a través de la capacidad de comprender los orígenes de las acciones humanas y su proyección a futuro, a través de la capacidad de juzgar a los otros y a nosotros mismos con mesura objetiva y generosidad de ánimo, a través de nuestra conducta diaria en la práctica vital de nuestros ideales y en el vivir realmente la filosofía del humanismo.

La cultura es cuestión de espíritu y de intelecto. Cultivémoslos, pues, para que al ser cultos, seamos también, en nuestra función de seres sociales, creadores de cultura.

## *APRENDIZAJE Y CONVIVENCIA HUMANOS*

Toda nuestra vida no es más que un esforzado ejercicio de aprendizaje humano. Es un camino lento, atropellado a veces por impensados baches o

atormentado por infortunios y desvelos, pero quizá colmado muchas veces por la alegría del encuentro del hombre que se lleva consigo o con aquel otro que se dice su prójimo o su amigo.

El aprendizaje es una condición ineludible de la misma existencia de una sociedad libre. Pero no basta con decir que para la existencia de una sociedad libre es necesario un alto nivel de aprendizaje. Numerosas experiencias muestran que en ciertas circunstancias es posible la implantación del despotismo. Pero para ese mal hay siempre una virtud: es el cultivo de la virtud política de la que nos hablaba Montesquieu en *El espíritu de las leyes*. Esa que se puede definir como el amor de las leyes y de la patria. Este amor, según él, al exigir una preferencia continua del interés público al suyo propio, da todas las virtudes particulares, que no consisten más que en esta preferencia. Este amor está especialmente unido a las democracias. Es preciso entonces el cultivo de esta virtud política, porque sólo ella puede dar a una democracia la robustez necesaria que impida amenazarla en determinados momentos. Sólo sobre ella puede asentarse una sociedad libre en países que luchan trabajosamente por conquistar la libertad. Afirmar esto, sin embargo, no se crea que es aceptar una utópica visión idealista o ignorar el peso de los factores económicos y sociales en las crisis de las democracias contemporáneas. Esas crisis son, en sus líneas generales, inevitables en cuanto preludian las necesarias transformaciones sociales y aun políticas que debe experimentar la democracia. Pero sí es preciso afirmar que el arraigo de un auténtico aprendizaje humano es la garantía fundamental del mantenimiento de la esencia de una sociedad libre.

¿Cuál es, en consecuencia, el contenido de ese aprendizaje humano? Es evidente que su objetivo no puede ser crear una uniformidad ideológica, ni inculcar el fanatismo de una idea. Su finalidad esencial es formar hombres. Pero para ser hombres no sólo en el sentido genérico, sino con la plenitud de significado político y espiritual, del ciudadano que desde Grecia tiene esta palabra, es decir, el espíritu de convivencia y la participación. Nuestro aprendizaje, en su aspecto humano, ha de intentar por tanto preparar para esas dos virtudes, si así pudiéramos llamarlas. Aprendizaje que crea la actitud mental necesaria para que, al adoptar unas convicciones determinadas, sepamos, sin embargo, actuar, por mucha fe que en ella tengamos, en el marco general de unas relaciones de comprensión y tolerancia con los demás.

El espíritu de convivencia o el espíritu de diálogo supone la actitud de

que la variedad de opiniones no puede traer como consecuencia el aplastamiento de unas por otras, de que el adversario no es el enemigo al que hay que abatir, ni muchas veces el descarriado al que hemos de volver por todos los medios al buen camino, sino el hombre que en el uso de su libertad está en distinta posición que la nuestra, porque a ello tiene derecho como nosotros lo tenemos a nuestras convicciones.

Este espíritu de convivencia no es algo meramente pasivo sino que es una actitud de diálogo. Ello supone la disposición para mantener ese diálogo, para buscar terrenos comunes en que cooperar, para crear en pocas palabras una auténtica comunidad humana. Ello no supone mengua alguna ni debilidad en nuestras convicciones. Lo que aquí se propugna no es un amable escepticismo que permite ser indiferente a todas las opiniones porque no se cree en ninguna, sino el ambiente de convivencia que es condición *sine qua non* para que exista una sociedad libre y democrática.

La esencia misma de la calidad de hombre consiste en la participación en la vida cotidiana. La crisis más seria de la vida en relación se revela en la apatía e indiferencia con que a veces, muchas veces, enfrentamos el diario acontecer. Y no sólo válido para la actuación permanente en nuestra aulas o en el recinto más íntimo de nuestro propio yo o en el ámbito más amplio del mundo ciudadano.

Puede explicarse esa indiferencia, porque múltiples factores contribuyen a ella. La complejidad de la administración y del gobierno en los tiempos actuales que, en muchos aspectos, adquiere el perfil de un mundo arcano y misterioso en el que sólo pueden entrar personas altamente especializadas; el desprestigio que ciertas instituciones políticas han sufrido en algunas partes; las circunstancias del vivir actual que empujan cada vez más a centrar a cada uno en su vida privada. Pero a poco que se medite se verá cómo existen razones aún más urgentes y poderosas para que sea cada vez más necesaria esa participación. La marcha de los tiempos hace que los estados tiendan a convertirse cada vez más en los árbitros de nuestras vidas. Al poder político se une también cada vez con más intensidad el poder económico. La misión social que han asumido les obliga a intervenir en múltiples aspectos de la vida que antes escapaban de su ámbito. Acumulación de poder y acumulación de funciones hacen que el individuo se sienta desarmado e impotente. Pero frente a esta situación, no cabe mirar nostálgicamente al pasado y añorar como el poeta que "todo tiempo pasado fue mejor". Para ello es necesario que el hombre ciudadano considere como propios los asuntos

públicos, que no se “despolitice” según la acepción griega, sino que, por el contrario, sienta como un deber irrenunciable la preocupación y la participación en la vida ciudadana y en la vida humana.

Y esas dos llamadas virtudes que ha de inculcar el aprendizaje humano, es decir, el espíritu de convivencia y el espíritu de diálogo, son indispensables en todas partes. Aún más urgente parecen en países como el nuestro, en la ciudad de América, en que no son quizá las que más han dominado en nuestra atormentada historia contemporánea.

“Historia contemporánea en que la política del mundo está entrando a una nueva fase –según nos relata Samuel Huntington en *El choque de las civilizaciones*– y los intelectuales no han dudado en proliferar visiones de lo que será el fin de la historia, el retorno de las rivalidades tradicionales entre estados naciones, y la declinación del estado nación de los tironeos conflictivos del tribalismo y globalismo, entre otros. Cada una de estas visiones coge aspectos de la realidad emergente. No obstante todas ellas pasan por alto un aspecto crucial, de verdad central, de lo que la política global probablemente pueda ser en los años que vienen”.

“Mi hipótesis –ha dicho– es que la fuente fundamental de conflicto en este mundo nuevo no será primariamente ideológica o primariamente económica. *Las grandes divisiones entre el género humano y la fuente dominante de conflicto serán culturales.* Los estados naciones seguirán siendo los actores más poderosos en asuntos mundiales, pero los conflictos principales de la política global ocurrirán entre naciones y grupos de civilizaciones diferentes. *El choque de las civilizaciones dominará la política global.* Las líneas de falla entre las civilizaciones serán las líneas de batalla del futuro. El conflicto entre civilizaciones será la última fase en la evolución del conflicto en el mundo moderno”.

## *SOCIEDAD, CULTURA Y HUMANISMO*

Es necesario decir, finalmente, que este mundo nuestro está ansioso de desafíos y esperanzas. Mundo nuestro muy lleno de hombres verdaderos y también muy lleno de ciudadanos alertas al despertar de las naciones del nuevo siglo. Abiertos todos a una cultura en la que queremos se identifique, en una única voluntad del compromiso con la verdad, con los altos valores y los conceptos éticos. Esperanzados en que no aparezca el infaltable muro

o la mano del poder irreverente para que la cultura del humanismo no sea denostada.

Una parte importante de la humanidad se encontrará al borde de una era totalmente nueva en relación a los asuntos humanos, pero una marea histórica mutante hará que los ideales y valores alcancen la dimensión esencialmente individual y social para poder superar la crisis mundial del espíritu y la dignidad de la persona humana.

Sociedad del humanismo y la cultura es la de los hombres que hacen el futuro, de los que remecen su inteligencia para trabajar el progreso, para encarar solidariamente unidos los retos de la ignorancia y la moral, para conquistar la batalla de la humildad y del laicismo, para lidiar, en fin, por el corazón y las manos de todos los hombres que levantan la unidad de nuestros pueblos.

Hagamos realidad para estos pueblos lo que anuncia con palabra de profeta Vicente Huidobro:

“Y la tierra enterró las fronteras bajo tierra”.

Tierra y mar de Chile, a la puerta del nuevo siglo para proferir en nombre de la libertad y la esperanza.

Sociedad del humanismo y la cultura para vivir y amar; para que el genio de Quijote y la sabiduría de Grecia no se olviden, y para que la vieja Itaca nos muestre el largo y esplendente camino del hombre en la brillante voz del gran poeta griego Constantino Kavafis:

#### “ITACA

Cuando salgas en el viaje, hacia Itaca  
desea que el camino sea largo,  
pleno de aventuras, pleno de  
conocimientos.

A los Lestrigones y a los Cíclopes,  
al irritado Poseidón no temas,  
tales cosas en tu ruta nunca hallarás,  
si elevado se mantiene tu pensamiento, si  
una selecta emoción tu espíritu y tu  
cuerpo embarga.

A los Lestrigones y a los Cíclopes,  
y al feroz Poseidón no encontrarás,  
si dentro de tu alma no los llevas,  
si tu alma no los yergue delante de ti.  
Desea que el camino sea largo.  
Que sean muchas las mañanas estivales  
en que con cuánta dicha, con cuánta alegría  
entres a puertos nunca vistos:  
detente en mercados fenicios,  
y adquiere las bellas mercancías,  
ámbares y ébanos, marfiles y corales,  
y perfumes voluptuosos de toda clase,  
cuanto más abundantes puedas perfumes voluptuosos;  
anda a muchas ciudades Egipcias  
a aprender y aprender de los sabios.

Siempre en tu pensamiento ten a Itaca.  
Llegar hasta allí es tu destino.  
Pero no apures tu viaje en absoluto.  
Mejor que muchos años dure:  
y viejo ya ancles en la isla,  
rico con cuanto ganaste en el camino,  
sin esperar que riquezas te dé Itaca.

Itaca te dio el bello viaje.  
Sin ella no hubieras salido al camino.  
Otras cosas no tiene ya que darte.  
Y si pobre la encuentras, Itaca no te ha engañado.  
Sabio, así como llegaste a ser, con experiencia tanta,  
ya habrás comprendido qué significan las  
Itacas”.

Porque no es la tierra prometida de Itaca lo que hace válido el viaje a ella, es el camino mismo que el hombre se propone transitar. Por eso, “desea que el camino sea largo”, pues en la vicisitud del tránsito y en el logro de los tramos del recorrido se hace el hombre. Itaca es el final, el quehacer

cumplido, el reposo en el seno nutriente de una patria que es la de nosotros todos. Itaca es el llegar y sentir los ideales y valores que informan nuestro andar en los que nos unimos hermanos en el viaje y en el arribo. Por eso, recolectemos en el camino lo que sembramos en la partida, los ámbares y marfiles, los corales y los ébanos en que simbolizamos nuestros propósitos, utopías y esperanzas.

El deseo esencial es, pues, un largo camino, un triunfo permanente en los escollos y lestrigones, una siega plena de positivos hechos y una llegada recóndita y serena a nuestro espíritu, a la Itaca interior de nuestros ideales e inacabada misión, a la perfección del hombre, a ese rostro visible del humanismo.

Señoras y señores:

Dijimos al comienzo que no nos íbamos a referir al humanismo directamente, porque hay otros modos de contar el hombre y su historial humano. Hay otros modos de contar la vida del hombre en lo que es su esencia, su espíritu y su propia e íntima imagen. Es un poco volver a lo que, desde Grecia con Sócrates, no debería relegarse jamás de esa vida y menos del proceso permanente de su formación: el conócete a ti mismo. De ahí surge el deber de mirar hacia el interior de cada uno para iniciar el verdadero conocimiento de lo humano.

Hay, pues, otros modos de referirse al humanismo, pero hay un solo modo de decir que el humanismo es una de las palabras más evocadoras de la dignidad y la nobleza del hombre. Es la que expresa toda su manera de vivir: del respeto al pensamiento a la modestia del juicio; del derecho al error a la valentía cívica; del amor a la luz al desprecio de la violencia; de la ambición de la cultura a la comprensión de la ignorancia.

El humanismo es el inmenso y hermoso camino al alcance del hombre.